

INTERVENCIÓN EN CONFERENCIA SOBRE SOCIEDAD CIVIL  
(1 de agosto de 2001)

Claudio di Girólamo

**CULTURA Y MARGINALIDAD**

Buenos días a todos. Me van a disculpar, pero preferí presentarme solo. Soy Claudio di Girólamo, **inmigrante**.

Me defino así, porque este hecho que marca mi vida, me parece mucho más importante que cualquier título o currículum que pueda exhibir ante ustedes. Inmigrante significa, en otras palabras, hijo del fracaso. Perteneczo a un pequeño núcleo familiar que, después la segunda gran guerra del otro siglo, tuvo que salir de su patria y buscar su sustento en otras tierras. He "estado" pobre durante mucho tiempo de mi vida. Me atrevo a presentarme ante ustedes porque he vivido en carne propia la marginalidad y el lento proceso de asumir otra cultura.

Por eso mismo, es que me gustaría aprovechar este espacio para reflexionar un poco, con ustedes, acerca del tema que nos convoca, no solamente desde la óptica del quehacer del Estado, sino también y sobre todo desde mi propia percepción como persona, como artista, con toda mi biografía a cuestas.

Comenzaré con una primera provocación: En Chile somos los reyes del diagnóstico. Cuanto más grave, cuanto más trágico, lo consideramos más confiable y mejor. Pareciera que un diagnóstico que sea más positivo o alentador no nos convence con la misma fuerza de aquellos negativos y que necesitamos saborear los aspectos más negros de los indicadores para así llegar al fondo del pozo del pesimismo. Es por eso que siento cierto rechazo hacia la proliferación de diagnósticos acerca de nuestra situación económica, política o social y prefiero pasar a la acción basándome en otra mirada.

Para empezar, deberíamos diferenciar el concepto de Cultura del de Arte. Solemos homologar la cultura con el arte, tal vez porque nos resulta más tranquilizador, más amable, más entendible. Pero, resulta que el proceso cultural, en su esencia, lleva el germen de lo subversivo. Para sostener esta afirmación, trataré de ejemplificarla de forma muy simple y esquemática, en honor al tiempo que tengo a disposición.

Definiría el desarrollo cultural como una suerte de espiral. Veamos:

Toda sociedad, al construir una determinada forma de organización, lo hace basándose en ciertos valores compartidos por la mayoría de sus miembros. Pero esos valores no son inamovibles ya que, con el paso del tiempo, la propia comunidad, en el proceso de su propio desarrollo, llega a transgredirlos, para dar origen a nuevos valores. Y así sucesivamente.

En el momento en que la sociedad subvierte los valores existentes y aún se hace difícil reconocer y asumir aquellos que comienzan a emerger, es fácil dejarse llevar por el temor y

la desesperanza. Creo que este es precisamente el escenario que se nos presenta en el comienzo de este siglo XXI.

En la División de Cultura del Ministerio de Educación, asumimos el concepto de cultura como un modo de vida y una forma particular de ver el mundo. Por ello, si en este momento consideramos a la cultura, como lo expresa el propio Presidente Lagos, como el eje de las políticas de desarrollo social de este Gobierno, deberemos comenzar por tratar de reconocer cual es realmente nuestra manera de ser y nuestra propia visión de mundo.

En nuestra Institución, desde hace cuatro años, estamos desarrollando nuestra labor, alrededor de tres ejes fundamentales: **cultura y educación, cultura y marginalidad y descentralización.**

Lograr ese último objetivo, en Chile resulta ser un problema bastante complejo, debido a su particular geografía, la que nos plantea el desafío de cómo descentralizar sin atomizar; de cómo lograr una relación cultural de ida y vuelta entre una Región y otra, respetando y resaltando su diversidad. Descentralización no es lo mismo que autonomía, ya que se trata de ampliar el poder de decisión y promover el desarrollo cultural diversificado, pero siempre manteniendo una necesaria **interdependencia solidaria.**

Porque, si nos referimos a la cultura como modo de vida y visión de mundo, diría que en el ethos cultural de los pobres de nuestro país existe un eje fundamental, que es la solidaridad.

Esto se debe, a mi parecer, a un hecho asombrosamente simple. **El pobre es solidario con otro, porque tiene las mismas necesidades.** Es que la solidaridad se entiende y se expresa con hechos concretos, en situaciones de necesidades compartidas y si la distribución del ingreso en nuestro país es aterradora, se debe a que aún no somos capaces de reconocer y vivir esas necesidades compartidas. En Chile, demasiados de nosotros aún no nos consideramos co-responsables de nuestra propia historia que se construye en la cotidianidad.

Con distancia, hablamos a menudo de “este país” y no de “nuestro país” o de “mi país”. Miramos a Chile como un conjunto de datos macroeconómicos, sociales y políticos, olvidándonos de las personas que conforman la comunidad, con sus dolores, alegrías y sueños auestas.

Recuerdo que, en el Consejo Nacional para la Superación de la Pobreza, decíamos: “Evitemos la palabra **pobreza**, así a secas, como si fuera un estamento inamovible de la sociedad, porque los que llamamos pobres son personas que están en situación circunstancial de pobreza, **están** pobres, no **son** pobres. No se trata de una condición genética. No se **es** pobre como se es moreno, rubio, alto o bajo...”

Me explico. Si uno analiza datos objetivos, “diagnósticos”, respecto de la pobreza, después de un primer momento de choque, puede volver a vivir relativamente tranquilo en su rutina cotidiana; pero, si mira a un pobre a los ojos, allí descubre algo que lo cambiará para siempre.

Tuve la suerte de que eso me pasara hace muchos años... Esa mirada aún no se me oñvida y ojalá no se me olvide jamás.

Volvamos a eso de las necesidades compartidas. Al llegar el momento de la educación formal, el conjunto de conocimientos que recibimos tiende a hacer desaparecer nuestra relación con ellas.

Pareciera que la educación formal, sobre todo la de nivel superior, en la mayoría de los casos,- y al respecto podríamos enfrascarnos en una discusión de largo aliento y no exenta de conflictos – no entrega otros valores que los relativos al éxito y a la competitividad. Hemos suplantado el amor a la sabiduría por la efímera búsqueda de un éxito fácil. Desde el primer momento de la educación primaria hasta la Universidad, nos preparamos para **servirnos de** los conocimientos adquiridos para tener un lugar asegurado en el mercado del trabajo, y no para **servir a** los otros a través de la profesión.

Frente al problema de la pobreza, si queremos emprender una acción concreta, debemos lograr que los pobres sean considerados ciudadanos culturales, con plenos derechos y deberes de participación real. Y la participación no se refiere exclusivamente al ámbito político, que sin duda es muy importante y necesita ser fomentada, sino que, y sobre todo, **el pobre necesita participar activamente en la construcción de sus propios sueños.**

A este punto, podrán pensar. “Es artista, ya empezó a soñar con utopías...” Gracias a Dios, en mí y espero en muchos otros, esta utopía goza de muy buena salud.

Los sueños de los pobres son tan válidos y motivadores como los de cualquiera persona.

Saliendo de la dictadura, Chile se enfrentó con el grave problema de reconstruir la convivencia. En efecto, nos hemos acostumbrado a coexistir en vez de convivir. Pareciera ser que ya nos basta con eso de “Hoy nadie me tortura” “Hoy salgo de mi casa en la mañana y vuelvo tranquilo en mi casa en la noche” “Hoy yo no me meto contigo, tu no te metes conmigo y todos vivimos muy felices y contentos”... Resulta, sin embargo, que, si queremos realmente reconstruir una comunidad nacional debemos pasar urgentemente de la coexistencia a la convivencia. Es decir, necesitamos volver a vivir de verdad con el otro, diferente a mí, aceptar gozosamente su diferencia e interactuar con él en tareas concretas para el bien de toda la comunidad.

Tras este objetivo es que, hace tres años, creamos los Cabildos Culturales, a nivel comunal y regional. En ellos, se reúnen representantes de la Sociedad Civil para reflexionar acerca de la propia cultura y para hacer propuestas concretas al Gobierno y a sus propias autoridades comunales, acerca de cómo integrarse armónicamente en una sola comunidad nacional. En el fondo, los Cabildos recogen los sueños personales y tratan de realizarlos en común.

Considero oportuno consignar una anécdota relacionada con este tema. Cuando realizamos el Primer Cabildo Nacional de la Cultura, y convocamos bajo el lema “Del Chile vivido, al Chile soñado”, los “teóricos fundamentalistas” que nunca faltan, nos criticaron alegando que esa idea era típica de artistas desligados de la realidad. Que la gente quiere tener plata para comer, un trabajo, cosas concretas, y no quiere soñar sueños inútiles.

Sin embargo, recuerdo que, durante una de mis giras por el país para evaluar el trabajos de los Cabildos, en una localidad del sur, una señora anciana me abrazó llorando emocionada y me dijo: “Gracias, don Claudio, por habernos devuelto la dignidad”. “¿Qué he hecho yo?” le pregunté. Ella me dio una respuesta que desde entonces me ha ayudado a no desfallecer en mi trabajo. Me dijo: “Usted creyó en nosotros, creyó que los pobres somos capaces de soñar...Porque, mire, no basta con lo material. Un perro también necesita comer y una guarida, pero sólo los seres humanos son capaces de soñar y de luchar para que sus sueños se hagan realidad.”

Dignidad y autoestima, eso es lo que tenemos que restituir a los pobres. No entregarles “cosas”, sino que creerlos capaces de construir sus propios sueños y cooperar con ellos en esa empresa. En eso estamos empeñados. Ya lo planteamos en Estocolmo , en el año 1998, cuando resaltamos la importancia de reconocer el derecho de todos a la ciudadanía cultural. Es decir, que desde el mismo nacimiento, se reconozca a todos los ciudadanos de un país, el derecho no solamente a tener acceso a la cultura en cuanto consumidor, como sucede en la inmensa mayoría de los casos, sino y sobre todo como productor de su propia y particular cultura. Alwin Töffler, filósofo contemporáneo, creó a ese respecto, un neologismo que me parece pertinente recordar aquí. El define a todos los seres humanos como “**prosumidores**” de cultura. Es decir, que todos somos a la vez productores y consumidores de cultura, y que la dependencia y la posible alienación cultural comienzan cuando no somos capaces de producir cultura en la misma cantidad y calidad de la que consumimos.

Quizás pueda graficar más esta idea con algo que me sucedió hace muchos años en mi tierra natal, Italia. Recuerdo que, con mi familia, solíamos ir mucho al campo y yo partía muy temprano, en la mañana, para observar de cerca la naturaleza, con los ojos curiosos de un niño acostumbrado al espacio urbano. Un día divisé, a lo lejos, una pequeña silueta que parecía bailar, con movimientos muy rítmicos y repetidos, sobre los surcos recién abiertos. Al acercarme, constaté que se trataba de un campesino, absorto en la tarea de sembrar, sacando los granos de trigo de su delantal recogido y lanzándolos al aire con un movimiento circular de su brazo para que se esparcieran uniformemente en la tierra. Al salir el sol, de improviso esos granos de trigo en el aire se convirtieron en una lluvia dorada. Me puse al lado del campesino y le lancé la pregunta más idiota que puede hacerse en ese caso: “¿Qué está haciendo usted?” Y el campesino me contestó: ¡Le estoy dando de comer a la gente!”

No me dijo “Estoy sembrando” , me dijo: “Le estoy dando de comer a la gente”.

A lo mejor era un campesino analfabeto, pero me contestó con más propiedad que un filósofo o un poeta. Hizo una síntesis magistral del largo proceso que va desde la siembra al pan crujiente que sale del horno.

Y una última anécdota. Hace cerca de diez años, filmé un documental sobre la vida de los obreros del carbón, en la octava región en el sur de Chile. Me metí en las profundidades de los piques de las minas de Lota. En esa ocasión, pregunté por una localidad adonde podría filmar la vida cotidiana de las familias de los obreros del carbón, azotadas por la cesantía. Me aconsejaron ir al pueblo de Curanilahue. Fui allí y pude constatar en el terreno, la situación extrema de esa comunidad.

Sus habitantes, en la época en que lo conocí, sufrían pobreza y cesantía, debido al incipiente proceso de reconversión económica, porque la extracción del carbón, en las minas bajo tierra, ya había dejado de ser rentable. Me encontré con rostros airados, rechazo, casas venidas a menos, niños tristes y al borde de la desnutrición. Las calles llenas de barro y en el aire, flotando la desesperanza. Y filmé.

Luego de diez años, volví. En el intertanto, se había creado, en el Liceo Experimental de Curanilahue, una de las primeras orquestas infantiles y juveniles de Chile, integrada por los niños de los obreros. Al llegar al pueblo, después de esa cantidad de años, quedé asombrado. Algo había cambiado fundamentalmente. Las casas estaban pintadas de hermosos colores, las señoras que yo conocía, transitaban, muy bien arregladas, por las calles limpias. Los hombres, impecables en sus tenidas domingueras. Frente a todo aquello, no me quedó más que recurrir de nuevo a una pregunta tan infantil y torpe como aquella otra, de tantos años atrás, allí en Italia. “¿Qué es lo que ha pasado?”... La respuesta fue tan contundente y certera como la otra: “Es que ahora, don Claudio, somos papás de artistas”...

Eso es lo que puede cambiar a las personas, eso es lo que puede dignificar realmente a los pobres. El recobrar la dignidad de personas. Y eso solo se logrará en la medida en que nosotros seamos capaces de respetarlos, los queramos y luchemos, codo a codo, **junto a ellos** y no por ellos o para ellos.

Claudio di Girólamo C: